

# EL DESORDEN MÁS VASTO

Joaquín Araújo

o que está por llegar: ¡ ese es el problema !

Si algo contundió, de las palabras que Domingo Jiménez Beltrán pronunció en el acto de presentación del Observatorio Español de la Sostenibilidad, fue aquello de que el problema no residía en el incremento multiplicado de las urbanizaciones. Ni siquiera situó el desgarró en la ruptura del principal sentido de la construcción de viviendas, que ya no son un valor de uso, sino ante todo financiero y especulativo. La acumulación de muchos centenares de miles – acaso dos millones - de viviendas vacías lo corrobora. Lo realmente aterrador era que aquellos que todavía conservan, en sus términos municipales, algunas porciones de terreno sin construir, están deseando hacerlo. Algo así como el famoso “que el último cierre la puerta”. En paralelo desgarró la obviedad de que buena parte de los fiscales suelen tirar la toalla en cuanto se encuentran con infracciones a las leyes relacionadas con la edificación y en las que han participado los ayuntamientos. Para consolidar el proceso de irregularidades manifiestas se ha convertido en norma construir y esperar a que pasen cinco años para que te legalicen una construcción que nunca debió asomarse al paisaje.

Como la mirada ecológica jamás puede obviar la contemplación del derredor en su conjunto, es decir la globalidad de los fenómenos a escala planetaria, me parece oportuno añadir un par de datos sobre lo que supone el urbanismo. Por un lado nuestro mundo necesita crear, por el aumento demográfico real, nada menos que el equivalente a una ciudad como Madrid cada tres semanas. Por otro, y acaso este dato sea todavía más esclarecedor, es que a pesar de su espectacular crecimiento económico los chinos, todos, gastan menos que la ciudad de Nueva York.

Las dimensiones de las incesantes erupciones que lanza el cemento en nuestro país escapan a las representaciones normales. Sobre todo desde que se practica la mala memoria como única forma de alivio. Porque basta asomarse a los perímetros costeros, tras haberlos conocido solo un par de lustros antes, para percatarse de que, en la mayoría de nuestras costas, es muy poco lo que queda sin romper. Lo mismo sucede con casi todos los alrededores de las grandes poblaciones. Pronto será una norma lo del cien por cien del término municipal urbanizado.

Pero si dejamos a un lado las impresiones, contamos con los datos del mencionado Observatorio. Que en este campo completa uno de los análisis más completos que conocemos. En concreto se nos demuestra que las edificaciones han aumentado en algo más de un 25 % en todo el país dentro del periodo 1990-2000. Pero, eso sí, con relación a toda la historia del país. Con todo la media queda prácticamente doblada, es decir supera el 50% más de construcción, en el conjunto del litoral mediterráneo y en la comunidad de Madrid.

La construcción conlleva, de acuerdo con los más recientes estudios sobre su dependencia e incidencia, nada menos que un par de centenares de impactos graves para el medio ambiente. Por si eso fuera poco buena parte de los materiales con los que se culminan los edificios provienen de distancias que como media superan los mil kilómetros. Todo ello cuando todavía estamos lejos, muy lejos, de que la construcción sostenible y las energías renovables sean poco más que un pasajera anécdota en este sector.

Este ritmo que nadie parece querer detener pone fuera de juego cualquier posibilidad de cumplir con Kioto y mucho menos con la moderación en el gasto de agua.

En consecuencia el descomunal incremento de la actividad inmobiliaria ha desatado y desatará incesantes desórdenes. Nada puede extrañar que nuestro Mediterráneo también ostenta un liderazgo mundial en cuanto al porcentaje del mismo por completo transformado.

Resulta acuciante, por tanto, que no perdamos la práctica totalidad de los servicios que las costas prestan a la continuidad de la vida y a unos mínimos de sosiego para que el famoso descanso vacacional sea posible. Para encarar algo de tal sensatez el Ministerio de Medio Ambiente ha comenzado una operación que debería ser emulada por los propios municipios.

La compra de fincas con tramos costeros en zonas de especial significación ambiental resulta por supuesto una terapia de choque, al tener que intervenir con semejante cirugía profunda para que algo se mantenga como estaba. Y es que, ya, casi todo es medicina. 

PRESENTACIÓN